CICdB
Centre
d’Interpretació de
la Ciutat des de la
Barraca

#1
julio 2017



La Bomba —
Visión atrás
Juani Ruiz y Joan Milà



Carmen y Julián en el patio interior de una de las casas de La Bomba. Hacia 1970.



Julián Godoy y su hija Susana. Años 70.

Foto de portada: Autorretrato de Juani Ruiz en el espejo del pórtico de su casa en La Bomba.

Miradas a otro mundo

Sentada tranquilamente, relajada o más bien adormilada, delante de ese trozo de plástico-metal llamado TV, se me vienen a la memoria (aunque a veces me falle) momentos de tiempos pasados, algunos desagradables, que borro de inmediato, para quedar en el recuerdo lo mejor de lo vivido.

Recuerdos memorables de mis vivencias juveniles, acaecidas en un barrio que algunos (de oídas) asocian al vivir de las gentes, como marginales o simplemente de mala reputación, lo cual vista la realidad al paso del tiempo es totalmente incoherente.

Un barrio de gente humilde, donde la mayoría solía ser inmigrante dentro de su propio país, venidos de todos los puntos: Extremadura, Andalucía, Galicia, Castilla, etc.. unos por motivos políticos y los más para poder evolucionar económicamente, con su esfuerzo del trabajo y la consabida privacidad de gastos, y así dar a sus hijos los estudios, ayudas, legados, para que no volvieran a tiempos atrás de los padres o incluso abuelos.

Un barrio que el solo nombre ya asusta: 'La Bomba', donde con más o menos vicisitudes pasé años de mi vida.

Todo comenzó en un tiempo que se puede situar hacia 1964, cuando mi persona desembarcó en Barcelona en un tren de aquellos que ahora en la lejanía sólo son recuerdos de películas, procedente de unas tierras, que a pesar de las experiencias vividas, no se olvida.

Viniendo de un pueblo de Córdoba, que en aquellos momentos poca gente conocía y que ahora gracias a un político, todo el mundo reconoce y sabe que existe.

Mi primera visión de una gran ciudad fue de alucine, gente por todos sitios, grandes edificios, metro, calles sin fin, coches, ruidos por cada lado, muy diferente de donde provenía, un pueblo del campo, con sus casas de planta baja, algunas de dos o tres plantas, las menos, de paredes encaladas blancas como las nubes en pleno verano, y sus macetas repletas de flores, geranios, claveles, margaritas y otras flores colgadas en las paredes, aquí y allá; su plaza mayor y sus fuentes públicas, cercano a un gran embalse que abastecía el regadío de los campos y a la vez apaciguaba la sed de los vecinos.

El primer contacto con la gran ciudad estuvo ligado a la convivencia con mis familiares, en un reencuentro gota a gota con el resto de mis congéneres, en un piso compartido con otra familia en nuestra misma situación.

Yo fui la última en incorporarme, ya que en mi condición de ser la menor de las tres hermanas, siempre el remate final era en mi honor.

Estuvimos un tiempo prudencial, ni largo ni corto, un tiempo que se me hizo soportable.

Mi padre enterándose de que existía un lugar donde tener una casa propia, donde no tener que compartir con otras personas, nada más que con la familia. No lo pensó mucho y para allá que nos trasladamos, llegando a un barrio para mi nuevo, situado en un pueblo llamado Hospitalet.

Vecindario

Allí nos acogieron bien, debido a que todos eran familias como nosotros, venidos de diferentes lugares, distintos pueblos, con lo que formaban una unión de vecinos como en mi propio pueblo. Parecía más bien como el hogar y parientes que habíamos dejado atrás hacía unos meses.

Había una escuela pública cerca de ahí, al otro lado de la carretera (antes y ahora Gran Via) que era una odisea cada vez que teníamos de ir a culturizarnos un poco. El colegio era un trozo más del barrio, teniendo un patio de tierra con unos cuantos árboles que daban sombra en pleno verano, se agradecía y hacia más soportable el paso de la canícula veraniega.

Precisamente en este instante recuerdo un hecho acaecido de mi etapa escolar. Jugando, como es lógico, con esa edad que se tiene, vulgarmente dicha "del pavo", no se me ocurrió otra cosa que darme de bruces con los bajos de un camión. En realidad no fue mucho el daño sufrido, un único morado, dos puntos aquí y allá; lo peor: la mofa de mis compañeros, cosa que en aquel momento me puso de mal humor, y ya visto desde la distancia, hasta yo misma me río.

En el barrio había de todo y nada, calles sin asfaltar, farolas que iluminaban a cachos, plazoletas con fuente pública donde acudían los vecinos para tener abastecidas sus necesidades de agua, y los peques jugar al escondite y otros juegos de la época, y los más jóvenes a entretenerse en los pequeños escarceos amorosos, eso sí, todo rodeado de campo y alguna industria lejana.

Las plazoletas también eran puntos de reunión, donde con un tocadiscos y alegría nos montábamos unos guateques y fiestas populares inolvidables, en un ambiente casi familiar, sonando desde Manolo Escobar (los mas carrozas) a Camilo Sexto pasando por infinidad de solistas o grupos (Canarios, Julio Iglesias, Los Bravos) todo dependiendo de la aportación de los vecinos, en materia de vinilos, y la disponibilidad del "pincha".

Total, en conjunto se parecía al estribillo de una canción de la época, que decía: «Mi calle tiene un oscuro bar, húmedas paredes y alguna vez sé que cambiará mi suerte». Un bar sí que teníamos, llamado Canuto.

No se crea alguien que que en la radio solo se escuchaba esta canción, había muchas más, que por supuesto ahora no es la ocasión de comentarlas.

Agua corriente sí había, toda la que se pueda imaginar, porque en cuanto llovía, ya estábamos prevenidos con los cubos



y otros utensilios para recoger o achicar agua, unos más, otros menos, a cada cual lo que le pertenecía.

A la edad de trece o catorce años empece a trabajar, ya que en mi casa familiar no estábamos muy boyantes, y ello me permitió ampliar mis círculos de amistades más allá de las fronteras psicológicas del barrio.

Vecinos y otras cosas

La plazuela, a parte de las reuniones festivas, servía a su vez para los comadreos del vecindario, porque en aquellos tiempos no existía una TV como hoy, que te lo comentan en vivo y directo.

De las personas que allí vivían se podría hacer una novela, ya que existían personajes dignos de mencionar como la Carbonera, la Churrera, la Pelos, Juanita la… cada cual con su mote (a saber cuántos de verdad o bien puestos). Pero mejor nada a comentar, no sea que se sientan ofendidos y como siempre tenga que actuar la censura, ya se hace preventiva y es mucho mejor.

Después de muchas manifestaciones para pedir mejoras en el barrio, cansado, el Ayuntamiento, y viendo la posibilidad de un gran negocio, nos realojaron en un barrio nuevo construido en un principio para los habitantes de La Bomba, siempre dentro del mismo municipio, que actualmente ya es la ciudad de L'Hospitalet.

Para celebrarlo

Allá que vamos otra vez con los bártulos, con la esperanza de que sea un poco diferente.

En realidad sí lo era, un barrio moderno con edificios altos, jardines donde salir a pasear, con viviendas amplias, adecuadas a las necesidades familiares, viviendas con su agua corriente, sin humedades, gas, en fin para tener una vida más cómoda.

El vecindario es compuesto por familias de la antigua 'Bomba' y otras de diferentes barrios con las mismas problemáticas sociales, pero unidos como una gran familia.

Como todo lo que empieza siempre hay defectos, unos sin relevancia, algunos que sí claman al cielo, y todos subsanables.

Ya estoy casada y a día de hoy vivo feliz con mi marido y sin ánimo de volver a preparar bultos para una nueva mudanza.

A quien me pregunta si me cambiaría a otro sitio, no me queda ninguna posibilidad más que decirle que no, ya que estoy en un sitio privilegiado, con sus centros comerciales a tiro de piedra y unos transportes, que aunque a veces fallan por su inoperancia, me acercan a mi familia o amigos.

Quizás se hecha de menos aquellas charlas de los viejos en las puertas de sus casas haciendo los corrillos para hablar, ora de cosas triviales, ora de fútbol y las menos veces, de política, mientras los niños y jóvenes deambulaban alrededor, unos jugando, otros los pocos poniendo la oreja para ver que se cocía, mientras se estaba al fresco en esas noches de pleno estío veraniego.

Desde donde estoy contemplo el espacio que fue La Bomba, y cuando veo en qué se ha convertido, alguna lágrima intenta salir, ya que los recuerdos, buenos y malos, no se pueden borrar nunca por mucho que nuestras vidas cambien.

Juani Ruiz y Joan Milà, 2016.



Araceli y Juani Ruiz en su casa de La Bomba. Hacia 1973.





De izquierda a derecha: Montse, persona no identificada y Juani Ruiz.







L'Hospitalet de Llobregat. Julio de 2017.
Edición y diseño gráfico: LaFundició. Impresión: Rotimpres.